

La civilización maya ha ejercido una especie de fascinación, continua y creciente, no sólo entre antropólogos, arqueólogos e historiadores, sino en el público en general, interesado por aproximarse a las proezas de los antiguos mayas. Acorde con tal perspectiva, mucha de la investigación inicialmente realizada se preocupaba apenas de determinados aspectos de sus procesos y logros culturales; en particular aquellos que permitían alimentar su fama como artistas, astrónomos, arquitectos, matemáticos y creadores de una escritura que combinaba versatilidad con precisión y gracia. Logros en buena medida posibles merced al clima de paz e igualitaria democracia que, se nos decía, caracterizó su devenir histórico.

Hoy, al mismo tiempo que parte de esa perspectiva idílica se ha modificado, gracias en buena medida al avance en el desciframiento epigráfico y a nuevas investigaciones arqueológicas, somos testigos de la recuperación de una nueva escritura de la historia maya que al mismo tiempo que nos ayuda a explicar los distintos derroteros que siguió la treintena de naciones mayances que aún existen, posibilita la forja de una imagen mucho más veraz de estos pueblos. Sin duda los mayas han perdido parte de esa aureola de santos sabios demócratas con que les dotó una abundante literatura de divulgación pseudocientífica y ramplona, pero a cambio de ello se va consolidando una imagen mucho más real y próxima a nosotros, que cancela esa falsa figura de semidioses del panteón indoamericano (cuando no extraterrestres) y hace aparecer a los mayas en toda su compleja, rica y contradictoria humanidad.

A la par de esa re-escritura de la historia antigua, asistimos –aunque en menor medida– a un nuevo impulso de los estudios de corte etnológico y de antropología social que, tras-

cendiendo la perspectiva culturalista de los emprendidos hace ya medio siglo, intenta dar testimonio de y analizar las condiciones actuales de los herederos de tan magnífica tradición. Al mismo tiempo que los científicos sociales se afanan por develar las causas y derrotero del movimiento zapatista o el brutal genocidio contra los mayas de Guatemala, gracias a la labor de los epigrafistas sabemos un poco más acerca de quienes señoreaban a los pueblos: sus nombres, fechas de entronización, hazañas bélicas o afanes constructores, aunque en la narrativa heroica de sus gestas –tan tendenciosa y parcial como la de cualquier otro grupo dominante– rara vez asoman el maya campesino, artesano, cazador o pescador.

En efecto, la fascinación que han ejercido sus grandes logros intelectuales y materiales sobre los recreadores de la época prehispánica provocó el que hasta fechas recientes se soslayaran los estudios sobre los aspectos más sencillos de su transcurrir diario, en tanto que –*mutatis mutandis*– quienes dan testimonio de las luchas chiapanecas contemporáneas parecen a menudo más interesados en comentar las capacidades literarias y comunicativas de su líder que en sacar a la luz la terrible y centenaria condición de miseria que impulsó a muchos a seguirle.

Pero si la arqueología, la epigrafía y la antropología avanzan, inexplicablemente poco se ha hecho por aproximarse al puente histórico obligado entre uno y otro momentos; el estudio de las etapas coloniales y decimonónica sigue ocupando el papel de Cenicienta en estas nuevas formas académicas de acompañar el devenir histórico de los pueblos mayas. Sin lugar a dudas las explicaciones a este aparente desdén son muchas, cambiantes y complejas, pero no es una de las menores la ardua labor que presupone el tener que lidiar con cientos

y cientos de fojas de escritura abigarrada (cuando no cuasi ilegible), para rastrear en ellas o leer entre líneas los mensajes —a menudo parciales o desarticulados— que en ésta, como en cualquier otra época, quedan de aquellos que, sin escribir la historia, la construyen.

El libro que hoy nos ocupa constituye, en mi opinión, una excelente muestra de cómo tal labor académica es posible y hasta qué punto puede resultar fructífera. Producto de un “olfato” natural para rastrear (permítaseme la imagen) los datos, así como de envidiable constancia, disciplina y capacidad para organizarlos, compararlos y analizarlos, *La conquista inconclusa de Yucatán. Los mayas de La Montaña, 1560-1680*, es clara muestra de la manera en que un investigador inteligente, perspicaz y metódico puede hacer hablar a los datos contenidos en los papeles viejos, a fin de restituir la voz a quienes la emitieron y, a través de ese proceso, contribuir a la restitución del papel que jugaron en la realidad regional.

Como el mismo Bracamonte señala en el prólogo, no es ésta la única ocasión en que los mayas de La Montaña han ocupado la atención de los investigadores del pasado colonial. Contábamos ya con un justamente célebre texto de Scholes y Roys sobre los asentamientos chontales de Acalan-Tixchel, publicado en 1948, y en estos últimos años han aparecido una recopilación documental acerca de la sublevación de Sahcabchén, y dos tesis —una de licenciatura y otra de doctorado—¹ que en mayor o menor medida abordan la zona, amén de menciones tangenciales por parte de otros his-

toriadores,² a los que se suma un libro reciente que enfoca la arqueología prehispánica de la región.³ Aunque tratándose de una misma región es obligado encontrar similitudes en muchos de los datos consultados, el texto aquí reseñado presenta sobre alguno de ellos la ventaja de abordar la temática desde una perspectiva regional; sobre otro, el tratarla desde una perspectiva cronológica más amplia, y sobre alguno más el hecho de surgir no de una primera aproximación, sino de un largo decantar las fuentes de un área de la cual es profundo conocedor desde hace ya buen tiempo, como lo muestran otros varios textos surgidos de su pluma.

Escrito en un lenguaje claro y de manera atractiva, donde se entretajan los datos proporcionados por los manuscritos con las reflexiones puntuales, *La conquista inconclusa de Yucatán* no se limita a historiar el devenir de estos mayas que optaron por la fuga como mecanismo de resistencia ante un dominio español que les resultaba oprobioso, sino que enzarza en la narración a aquellos otros que optaron por permanecer en los denominados pueblos bajo campana, los que apostaron por la rebeldía continua (mientras pudieron mantenerla) y, sobre todo, los situados en zonas limítrofes entre unos y otros.

No se trataba, como pudiese pensarse, de contingentes poco numerosos; los calificados como “fugitivos” alcanzaron en ocasiones los 30 000 individuos; cifra enorme en una época marcada por una brutal baja demográfica a

¹ La primera, realizada por José Manuel Chávez, fue publicada ha poco por CONACULTA con el título de *Intención franciscana de evangelizar entre los mayas rebeldes*; México: 2002. La de doctorado, *Caminos en la selva: relaciones entre indígenas de Yucatán y El Petén (siglos XVII a XVIII)* corresponde a Laura Caso Barrera, y fue editada en el 2002 en coedición FCE-Colmex.

² Entre otros, N. Farriss, *Maya Society under Colonial Rule. The Collective Enterprise of Survival*, Princeton, Princeton University Press, 1984; M. García Bernal, *Yucatán. Población y encomienda bajo los Austrias*, Sevilla, EEHA, 1978 y G. D. Jones, *Maya Resistance to Spanish Rule. Time and History on a Colonial Frontier*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.

³ E. Vargas Pacheco, *Itzamkanac y Acalan. Tiempos de crisis anticipando el futuro*, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2001.

causa de las epidemias que asolaron la península. Pero más allá de su importancia numérica, destaca la determinación de los sujetos estudiados por re-crear antiguas ideologías, anclándolas incluso en viejos discursos de corte profético que astutamente emplearon sus líderes para mantener vivos el éxodo y la sublevación.

El entramado sobre el cual se teje esta historia es variado, pero me parece que entre los hilos conductores pueden destacarse aquellos que dan cuenta de la tenaz y persistente tarea maya por reconstruirse como pueblos únicos y diferenciados, recurriendo continuamente para ello al pasado sin que eso signifique dejar de vivir el presente; apostando, así, a la permanencia. De lo primero, el anclaje en el pasado, existen numerosos testimonios en el libro que dan fe de esa casi obsesiva preocupación maya por el rescate del tiempo y la memoria; memoria encarnada de manera particular en los *ah k'ines* y las profecías, pero que no se limitaba a ello. Claramente se advierte en el trabajo cómo florecían al mismo tiempo gestos y saberes venidos de tiempo atrás. Memoria textual, memoria gestual; memoria de lo extraordinario, memoria de lo cotidiano; memoria de los hombres, memoria de las divinidades.

Invocar el pasado como una mera añoranza se revelaría estéril en cuanto a su potencial revolucionario (en el mejor sentido del término) si no hubiese sido tarea acompañada, una y otra vez, con un retrotraer el pretérito hacia el presente, y emplearlo como vehículo eficaz para explicarse el ahora e intentar modificarlo. En este sentido, la recreación histórica que nos ofrece el libro no deja dudas de la capacidad maya para apropiarse incluso de los mecanismos empleados por el dominador y, desde ellos, plantear sus propias alternativas. Vemos así, por mencionar apenas unos cuantos ejemplos, cómo lo que el autor califica de "resistencia al desarraigo cultural", no apostó por un retorno absoluto al pasado —ya para enton-

ces inútil e inviable— sino por una hábil conjunción de elementos pretéritos y aquellos para entonces contemporáneos: el alfabeto latino sirvió para expresar antiguas y nuevas demandas, ahora a menudo insertas en el marco que permitían las leyes hispanas, buscando incidir en el rumbo que tomaría la sociedad colonial.

Como bien señala Barcamonte, a la par de la identidad cultural se re-crearon identidades políticas, religiosas e incluso económicas; identidades opositoras en algunos casos a lo hispano, pero confluyentes con ello en otras facetas. Hubo también tiempos y espacios en que unas y otras difirieron, como lo muestra por ejemplo el mantenimiento de los calendarios tradicionales para asuntos internos, mientras se empleaba el cristiano para aquello que tenía que ver con los dominadores. Muestra plástica de cómo los mayas tendían puentes entre esos dos mundos cuya conjunción no terminaba (ni termina) por ser total, es lo que se nos relata acerca de los indios que al pasar de una zona a otra cambiaban de trajes y hasta de peinado.

Podrá parecer extraño el que, después de hablarnos del rechazo a abandonar su cultura y sus formas de organización social, se apunte que ya en épocas relativamente tan tempranas como los inicios del siglo xvii el planteamiento hecho al gobernador de Yucatán por los cuatro caciques de Nacaukumil tendiera "a bosquejar una sociedad colonial en la que los pueblos de la montaña permanecieran con importantes espacios de autonomía política y cultural, teniendo relación con los franciscanos como sus evangelizadores y con la Corona como la cabeza de la monarquía española" (p. 98), pero ello no es sino una muestra más de la inteligencia maya y la plasticidad de su cultura, capaz de amoldarse a los signos de los tiempos, siempre cambiantes.

En efecto, no era ya el siglo xvii momento para apuestas temerarias por una total erradicación del dominio hispano, como sí lo fue en

RESEÑAS

Estudios de Cultura Maya. Vol. XXIII, 2003
Instituto de Investigaciones Filológicas/
Centro de Estudios Mayas, UNAM
ISSN 0185-2574
<http://www.iifilologicas.unam.mx/estculmaya/>

el levantamiento de los cupules (Valladolid, 1546), cuando se buscó acabar no sólo con los españoles, sino incluso con los indios que les servían; se ultimó a perros y gatos y se arrancaron de cuajo los "árboles de Castilla",⁴ ni habían madurado las condiciones, como ocurriría un siglo después, para privilegiar la inversión del orden, como se plasmó de manera arquetípica en la gran revuelta tzeltal en el Chiapas de 1712, cuando en el discurso de los indios rebeldes su pueblo, Cancuc, pasó a ser Ciudad Real, en tanto que la capital de la alcaldía, donde vivían los opresores hispanos, fue nombrada Jerusalén, y sus habitantes, "judíos". Con la virgen María inspirando y protegiendo el movimiento, se pretendía inaugurar un nuevo orden social en el que ni siquiera los españoles quedaban excluidos, pero esta vez como servidores de los indios, en tanto que sus mujeres pasarían a ser molenderas y mancebas de los naturales", y casi 150 años después veremos privilegiar la estrategia de la separación en la llamada Guerra de Castas.⁵

Buena parte del siglo XVII, como lo muestra el libro que comentamos, bien puede considerarse en muchos sentidos un tiempo de conjunción, donde al mismo tiempo que se rechazan los mecanismos exacerbados de expoliación, se busca transar con el enemigo en diversos campos para así seguir inventando, como apunta el autor, "espacios de libertad". Se crean, ciertamente "identidades opositoras", pero toda identidad se define por oposiciones.

El hincapié que hace Bracamonte en ello (junto con la atención que dedica a la construcción del espacio regional) me parece uno de los mayores aciertos de su obra; no nos

presenta imágenes idílicas e irreales de mayas que huyen a espacios silvestres buscando un imposible retorno a formas antiguas por mero prurito nostálgico, sino que muestra la diversidad de factores que motivaron la huida (tanto personales como colectivos) y la manera en que en dichos espacios se trató de re-inventar una nueva forma de ser maya, no exenta de influencias exógenas, enfrentamientos internos y contradicciones. Vemos así, confluir en dichos espacios a aquellos que buscaban escapar de los oprobiosos tributos, con otros que invocaban la necesidad de mantener antiguas formas de culto; junto con el que huyó para poder libremente seguir manteniendo el culto a sus dioses, aparece aquel otro, igualmente respetable, que se fugaba por tener deudas con la justicia o buscaba simplemente dejar atrás una relación conyugal dificultosa. Alguno más huía del repartimiento obligado de mercancías por parte de los hispanos, mientras que su vecino intentaba librarse de un cacique indio igualmente impositivo. Y frente a todos ellos aparecen también otros que prefirieron la negociación política y la disputa legal.

Que una vez fugados tampoco recrearon comunidades idílicas se colige claro de las numerosas desavenencias y enfrentamientos entre líderes de que da cuenta el libro, y que explican al menos en parte el porqué del fracaso en lograr una coalición realmente efectiva que permitiese integrar un frente común de batalla. De hecho, reconocer que los indios, tanto antes como ahora, no sólo se ven afectados por los cambios políticos y económicos, sino que a su vez los afectan, no debe conllevar una sobrevaloración de la capacidad negociadora indígena durante la Colonia. La relación fue siempre antagónica y desigual, ya que el Estado, a diferencia de las otras instituciones o grupos sociales, poseía mayor capacidad para organizar el ejercicio del poder a través de la administración territorial, "pues canalizándolo a diversas áreas gracias a organizacio-

⁴ *Relaciones Histórico Geográficas de la Gobernación de Yucatán*, ed. de M. de la Garza et al., México, UNAM, 1983 (*Relación de Mérida*, 1: 67).

⁵ M. H. Ruz, "La palabra, el gesto y la tinta. Facetas de resistencia maya", *Anuario VII*, pp. 73-88, San Cristóbal de Las Casas: Instituto de Estudios Indígenas, UNACH, 1998.

nes centralizadas, concentradas y jerarquizadas, tiene el potencial de delimitar y difundir otras formas de poder, a menudo utilizándolas incluso para sus propósitos".⁶ Tratándose de instituciones sociales creadas por y dependientes del Estado, no es de extrañar que las fisuras del propio régimen colonial exacerbaban en ocasiones las fracturas comunitarias, pero investigaciones como ésta muestran con nitidez que a menudo los mayas aprovecharon inteligentemente los signos de debilidad estatal para canalizar sus demandas y obtener respuesta a sus requerimientos. Y cuando no fue posible lograrlo, tampoco desdeñaron el recurrir a la sublevación que, según muestra el autor, era a todas luces incapaz de expulsar a los dominadores de la península (como planteaba un sector de rebeldes que él denomina "tradicionalistas"), amalgamando hábilmente la negociación con la amenaza, logró evitar la irrupción de las tropas españolas en la zona y, de esta manera, preservar por algún tiempo más su autonomía.

El abanico de estrategias, en resumen, fue tan amplio como diverso. Dependiendo del momento se optó por transar, aparentar sumisión o realmente prestarla, soportar calladamente las vejaciones o alzar la voz y el puño contra ellas, fingir displicencia e incluso estulticia, atragantarse la rabia o escupirla en pleno rostro al opresor; requerir el apoyo del fraile o denunciar sus excesos ante las autoridades civiles; aliarse incluso con algún encomendero explotador (como Juan de Ayala) y un cacique pro hispano (don Pablo Euán) a fin de enfrentar a un gobernador (Flores de Aldana) considerado aun más peligroso; implorar la protección de su majestad o mandar protección y majestad a paseo; invocar a la Santísima Trinidad y su divino auxilio sin por ello dejar de

ofrendar a los dioses de los abuelos... Nada hay en todo esto de contradictorio y mucho menos de reprochable; se trataba de una apuesta por perdurar, y los mayas jugaron en ella todas sus cartas.

Buena parte de ellas aparecen en el libro comentado. Como en cualquier buen juego de cartas, Bracamonte tiende algunas francas sobre la mesa y otras apenas las deja entrever, acaso para incitar la curiosidad de quienes nos interesamos por temas que nos gustaría ver más desarrollados, como es, en mi caso, el de los sistemas de parentesco y las llamadas formaciones intermedias en las estructuras organizativas sociales. Algún otro extrañará un tratamiento más detallado de lo que ocurría al sur de los territorios de La Montaña (documentación que sigue en el Archivo General de Centroamérica en espera de un investigador); alguien cuestionará el aparente divorcio entre la identidad étnica y la política; no faltará quien opine le hubiese gustado una mayor atención analítica a la esfera de los rituales o aquel que añore el análisis discursivo de los textos redactados por los mayas...

Sin duda, como todo texto, tiene puntos fuertes y otros más débiles; cubre ciertos espacios de información a la vez que apenas contornea otros, analiza con mayor acuciosidad determinados temas en tanto que la reflexión sobre otros sólo se bosqueja. Es, en suma, perfectible como toda obra. Pero de lo que no cabe duda es que gracias al talento y dedicación del autor, los mayas de La Montaña recuperan una voz que hasta hoy apenas oíamos soterrada; perpetuamente reducida a meros balbuceos historiográficos.

Es justo por tanto agradecer a Pedro Bracamonte el que haya posado una mirada tan atenta como imaginativa y profesional sobre tantos papeles viejos, a fin de facilitar a nuestros oídos escuchar esas antiguas voces de siglos que dan clara cuenta, una vez más, del decidido empeño que pusieron los mayas de la época colonial en permanecer; empeño gra-

⁶ C. A. Smith, "Social Relations in Guatemala over Time and Space", *Guatemalan Indians and the State, 1540 to 1988*, C. Smith (ed.), pp.1-34, Austin, University of Texas Press, 1993: 12.

**cias al cual sus herederos siguen mostrándose
hasta hoy como sujetos capaces de decidir
que rumbos imprimir a su propia historia; his-
toria que muestra sin ambages cómo la suya**

Estudios de Cultura Maya. Vol. XXIII, 2003
Instituto de Investigaciones Filológicas/
Centro de Estudios Mayas, UNAM

ISSN 0185-2574

<http://www.iifilologicas.unam.mx/estculmaya/>

**fue, y afortunadamente parece seguirá siendo,
la de una conquista inconclusa.**

MARIO HUMBERTO RUZ